



JESÚS, CURADOR DE LA VIDA

capítulo 6 del libro JESÚS
de José Antonio Pagola

El poeta de la misericordia de Dios hablaba con parábolas pero también con hechos. Jesús, lleno del Espíritu de Dios, recorría aldeas curando enfermos, expulsando demonios y liberando a las gentes del mal, la indignidad y la exclusión. La misericordia de Dios no es una bella teoría; es una realidad fascinante. Junto a Jesús los enfermos recuperan la salud y son integrados de nuevo a la sociedad.

Con Jesús, Dios está llegando no como el Dios de los justos sino el Dios de los que sufren, el Dios que sana, un Dios preocupado por los que sufren y son desgraciados. El evangelio lo dice claramente: *Jesús recorría toda Galilea proclamando la buena noticia del Reino y curando toda dolencia y enfermedad en el pueblo.*

Lo que Jesús busca antes que nada, no es reformar la vida religiosa de aquellas gentes de Galilea sino ayudarles a disfrutar de una vida más sana y más liberada del poder del mal. Así lo recuerdan los primeros cristianos: *Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo porque Dios estaba con él.*

Los enfermos de Galilea

Los enfermos a los que Jesús se acerca padecen dolencias propias de un país pobre y subdesarrollado: ciegos, parálíticos, sordomudos, enfermos de la piel, leprosos, desquiciados mentales... Muchos son enfermos incurables, abandonados a su suerte, tirados por los caminos o a la entrada de pueblos y sinagogas mendicando. Estos campesinos perciben su enfermedad no tanto como una dolencia orgánica sino como una incapacidad para vivir como los demás hijos de Dios.

Los leprosos eran gente afectada por diversas enfermedades de la piel: tiña, erupciones, tumores, eccemas que extendidos por el cuerpo son repugnantes. Sucios y repulsivos todos los rehuyen. No pueden casarse ni tener hijos. No pueden participar en fiestas y peregrinaciones. Están condenados al ostracismo y a la soledad total.



A estos enfermos les preocupa sobre todo lo que aquel mal significa. Creen que Dios les ha abandonado ¿Por qué? Los israelitas entienden que la salud y la prosperidad es una bendición de Dios y la enfermedad una maldición y un castigo por el pecado. Por eso la curación se veía como una bendición de Dios. A los enfermos, ciegos, cojos etc, se les excluía de las celebraciones, no podían entrar en el templo. Dios no los quiere como a los demás. Los leprosos son excluidos de la comunidad porque se les considera impuros. Esto les provocaba una gran angustia.

Abandonados por Dios y por los hombres estos enfermos eran el sector más marginado de la sociedad. Por ello Jesús se dedica a ellos antes que a nadie. Ellos tienen que ser los primeros en experimentar la misericordia de Dios y la llegada de su Reino para que todos comprendan que es el Dios de los que sufren el desamparo y la exclusión.

El difícil camino de la curación

Al verse enfermo el israelita acudía por lo general a Dios. Examinaba su vida, confesaba ante Él sus pecados y le pedía la curación: -" *Ten piedad de mi, Señor, sáname que he pecado contra ti*" (salmo 40,5) La familia era la primera en atender al enfermo y los vecinos ayudaban a buscar algún curador. Por desgracia, para los enfermos de Galilea, los médicos no estaban al alcance de sus posibilidades; vivían lejos de las aldeas y sus honorarios eran demasiado elevados. Tampoco podían peregrinar hasta los famosos templos y santuarios de las divinidades sanadoras ni bañarse en fuentes sagradas consideradas terapéuticas. Las costosas ofrendas que allí se exigían se lo impedían. Más cercanos estaban los curadores populares: magos, exorcistas u hombres santos famosos por el poder de su oración.

Un curador singular

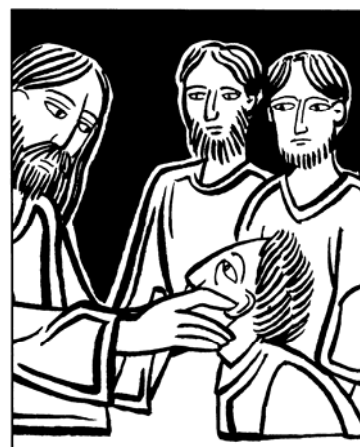
Jesús fue considerado por sus contemporáneos como un curador y exorcista de gran prestigio. Todos los evangelios hablan de las curaciones y exorcismos realizados por Jesús. También el historiador judío Flavio Josefo nos informa que durante el gobierno de Poncio Pilato "apareció Jesús, un hombre sabio que fue autor de hechos asombrosos".

La actuación de Jesús debió de sorprender sobremanera a las gentes de Galilea: ¿De dónde provenía su fuerza curadora?. No es un médico de profesión, no examina a los enfermos ni hace diagnósticos, no receta remedios, no se preocupa solo de su mal físico sino también de su situación humillante. Por eso los enfermos encuentran en él algo que no daban los médicos: una relación nueva con Dios que les ayuda a vivir con otra dignidad y confianza en él.

Los evangelios nos dicen que alguna vez Jesús empleó determinados gestos al curar. Una vez se llevó a un sordomudo aparte, le metió los dedos en los oídos, le tocó la lengua con su saliva y le curó. Otro día le trajeron un ciego y lo sacó fuera del poblado, le puso saliva en los ojos, impuso sus manos sobre él y lo curó. sin

embargo Jesús nunca trató de manipular fuerzas invisibles ni confió en técnicas sino solo confió en el amor curador de Dios que se compadece de los que sufren. Nunca interviene para hacer daño sino siempre para curar el sufrimiento. No pronuncia extraños amuletos ni hechizos o encantamientos, no actúa por intereses económicos sino por su amor compasivo y su decisión de anunciar el Reino de Dios.

Probablemente la gente veía a Jesús como un profeta al estilo de los grandes profetas de Israel como Elías y Eliseo. Sin embargo lo que más diferencia a Jesús de otros curadores es que para él las curaciones no son hechos aislados sino que forman parte de su proclamación del Reino de Dios. Dios está llegando y los más desgraciados pueden experimentar su amor compasivo. Sus curaciones son signo humilde pero real de un mundo nuevo, el que Dios quiere para todos.



La fuerza curadora de Jesús

Jesús contagia salud y vida. Las gentes de Galilea lo sienten como alguien que cura porque está habitado por el Espíritu y la fuerza sanadora de Dios. La gente no acude a él en busca de remedios o recetas sino para encontrarse con él. Su amor apasionado a la vida, su acogida entrañable a cada enfermo o enferma, su fuerza para regenerar a la persona desde sus raíces, su capacidad de contagiar su fe en la bondad de Dios, su poder para despertar energías desconocidas en el ser humano creaba las condiciones que hacían posible la recuperación de la salud.

Pero por encima de todo está su amor compasivo. Jesús sufre al ver la enorme distancia que hay entre el sufrimiento de estos hombres, mujeres y niños hundidos en la enfermedad y la vida que Dios quiere para sus hijos e hijas. Para Jesús, curar es su forma de amar. Cuando se acerca a ellos para liberarlos del mal, Jesús les está mostrando antes de nada que son dignos de ser amados. Por eso cura siempre de manera gratuita. No busca nada para sí mismo y así han de hacer también sus discípulos. Todo el mundo podía acercarse a Jesús sin preocuparse de los gastos.

Jesús tiene su estilo propio de curar. Habla con el enfermo y le manifiesta su voluntad de que quede curado. No pronuncia fórmulas secretas como los magos. Su palabra es clara. Al mismo tiempo Jesús "toca" a los enfermos; A veces agarra al enfermo para transmitirle su fuerza, otras veces impone sus manos sobre él para envolverlo en la bondad de Dios. Así actúa sobre todo con los leprosos. Las manos de Jesús bendicen a los que se sienten malditos, tocan a los leprosos que nadie toca, comunican fuerza a los hundidos en la impotencia, transmiten confianza a los que se ven abandonados por Dios, acarician a los excluidos. Era su estilo de curar.

Jesús no cura solo físicamente los cuerpos. Su acción sanadora va más allá. Busca la sanación integral de la persona, la arranca del aislamiento y la desesperanza, la

libera del pecado, la devuelve al seno del pueblo y le abre un futuro de vida más digno y saludable. ¿Cómo lo hace?

Jesús comienza por reavivar la fe de los enfermos. Se esfuerza para que confíen en la bondad salvadora de Dios: *“No temas, solo ten fe”*. *“Todo es posible para el que cree”*. *“Hijo mío tus pecados te son perdonados”*. Cuando falta esa fe Jesús no puede curar como al parecer sucedió en su aldea de Nazaret donde apenas pudo curar a nadie pues les faltaba fe. Pero cuando en el enfermo se despierta la confianza Jesús atribuye la curación a esa fe: *“Hija mía, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad”*. Jesús no cura para despertar la fe sino que pide fe para que sea posible la curación. Esta fe no es fácil por eso el padre de un enfermo reconoce su incredulidad y le dice a Jesús: *“Creo, Señor, pero ayuda mi poca fe”*.



Jesús no pide fe en su poder misterioso o en sus conocimientos ocultos, sino en la bondad de Dios que se acerca a salvar del mal despertando posibilidades desconocidas en el ser humano. No lo hace recurriendo a la hipnosis o a la magia sino ayudando a los enfermos a acoger a Dios en el interior de su sufrimiento. Jesús trabaja el corazón del enfermo para que confíe en Dios liberándose de sentimientos oscuros de culpabilidad. Jesús cura poniendo en su vida el perdón, la paz y la bendición de Dios. El enfermo se abre así a vivir con un corazón nuevo y reconciliado con Dios.

Jesús no pide fe en su poder misterioso o en sus conocimientos ocultos, sino en la bondad de Dios que se acerca a salvar del mal despertando posibilidades desconocidas en el ser humano. No lo hace recurriendo a la hipnosis o a la magia sino ayudando a los enfermos a acoger a Dios en el interior de su sufrimiento. Jesús trabaja el corazón del enfermo para que confíe en Dios liberándose de sentimientos oscuros de culpabilidad. Jesús cura poniendo en su vida el perdón, la paz y la bendición de Dios. El enfermo se abre así a vivir con un corazón nuevo y reconciliado con Dios.

Al mismo tiempo Jesús lo reconcilia con la sociedad porque la enfermedad y la marginación están estrechamente unidas. Por eso Jesús elimina las barreras de la exclusión: *Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa*. *“Ve, muéstrate al sacerdote y haz por tu purificación la ofrenda que prescribió Moisés para que les sirva de testimonio”*. *“Vete a tu casa con los tuyos y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo”*. Especialmente significativa es su actuación con los leprosos excluidos de la comunidad por su condición de “impuros”. Al tocarlos, Jesús los libera de la exclusión. Su gesto es intencionado, es una llamada a la sociedad. En el Reino de Dios hay que construir la vida de otra manera. Los impuros pueden ser tocados, los excluidos han de ser acogidos, los enfermos han de ser mirados no con miedo sino con compasión, como los mira Dios.

Liberador de demonios

Jesús no solo curaba enfermos. Lleno del Espíritu de Dios se acercaba también a los poseídos y los liberaba de los espíritus malignos. Nadie lo pone en duda. Jesús fue un exorcista de prestigio extraordinario. Su actuación con los endemoniados

provocaba un impacto mucho mayor que sus curaciones. La gente quedaba sobrecogida y se preguntaba dónde estaba el secreto de una fuerza tan poderosa. Algunos veían en él un peligro y le acusaban de estar poseído por un espíritu maligno y de actuar como agente de Beelzebú. Pero en Jesús este poder le confirmaba en la convicción de que el Reino de Dios ya está llegando.

¿Quiénes son estos enfermos? ¿Cómo podemos captar desde nuestra cultura esta peculiar experiencia que se vivía en torno a Jesús? ¿Cómo los curaba?



En general los exegetas tienden a ver en “la posesión diabólica” una enfermedad. Se trataría de casos de epilepsia, histeria, esquizofrenia o estados alterados de conciencia en los que el individuo proyecta de manera dramática hacia un personaje maligno las represiones y conflictos que desgarran su mundo interior. Así lo vemos hoy pero en aquellos campesinos de Galilea es justo lo contrario; son ellos los que se sienten poseídos

por algún ser maligno. Viven sometidos a un poder desconocido que los atormenta sin que puedan defenderse de él. Este poder desconocido podría ser la opresión del Imperio romano y la única manera de defenderse sería actuaciones enfermizas y alteraciones de la personalidad. Un ejemplo de esto es el relato de la curación del endemoniado de Gerasa

Curación del endemoniado de Gerasa

Mt. 8. 28-34 Lc. 8. 26-39

5 1 Llegaron a la otra orilla del mar, a la región de los gerasenos.

2 Apenas Jesús desembarcó, le salió al encuentro desde el cementerio un hombre poseído por un espíritu impuro.

3 Él habitaba en los sepulcros, y nadie podía sujetarlo, ni siquiera con cadenas.

4 Muchas veces lo habían atado con grillos y cadenas, pero él había roto las cadenas y destrozado los grillos, y nadie podía dominarlo.

5 Día y noche, vagaba entre los sepulcros y por la montaña, dando alaridos e hiriéndose con piedras.

6 Al ver de lejos a Jesús, vino corriendo a postrarse ante él,

7 gritando con fuerza: "¿Qué quieres de mí, Jesús, Hijo de Dios, el Altísimo? ¡Te conjuro por Dios, no me atormentes!".

8 Porque Jesús le había dicho: "¡Sal de este hombre, espíritu impuro!".

9 Después le preguntó: "¿Cuál es tu nombre?". Él respondió: "Mi nombre es Legión, porque somos muchos".

10 Y le rogaba con insistencia que no lo expulsara de aquella región.

11 Había allí una gran piara de cerdos que estaba pasciendo en la montaña.

12 Los espíritus impuros suplicaron a Jesús: "Envíanos a los cerdos, para que entremos en ellos".

13 Él se lo permitió. Entonces los espíritus impuros salieron de aquel hombre, entraron en los cerdos, y desde lo alto del acantilado, toda la piara –unos dos mil animales– se precipitó al mar y se ahogó.

14 Los cuidadores huyeron y difundieron la noticia en la ciudad y en los poblados. La gente fue a ver qué había sucedido.

15 Cuando llegaron a donde estaba Jesús, vieron sentado, vestido y en su sano juicio, al que había estado poseído por aquella Legión, y se llenaron de temor.

16 Los testigos del hecho les contaron lo que había sucedido con el endemoniado y con los cerdos.

17 Entonces empezaron a pedir a Jesús que se alejara de su territorio.

18 En el momento de embarcarse, el hombre que había estado endemoniado le pidió que lo dejara quedarse con él.

19 Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: "Vete a tu casa con tu familia, y anúnciales todo lo que el Señor hizo contigo al compadecerse de ti".

20 El hombre se fue y comenzó a proclamar por la región de la Decápolis lo que Jesús había hecho por él, y todos quedaban admirados.

Aunque esta narración no es estrictamente histórica, puede ayudarnos a intuir la conexión entre la posesión demoníaca y la opresión de Roma. Según el relato, el demonio es uno solo pero se llama "Legión" porque son muchos, como la división armada de Roma que controla Palestina. Los demonios entran en los "cerdos", considerados animales impuros y los que mejor podían definir a los romanos. Más tarde los cerdos se precipitan en el "mar", lugar donde la resistencia judía quería verlos hundidos para siempre. Probablemente a nosotros se nos escapa el terror y la frustración que generaba el Imperio romano sobre gentes absolutamente impotentes para defenderse de su crueldad.

Los poseídos a los que se acerca Jesús no son simplemente enfermos psíquicos. Son gentes desnutridas, víctimas de violencias, impotentes para defenderse de abusos insoportables. El endemoniado de Gerasa podría ser uno de estos. Corría por los montes en una soledad total, vivía lanzando alaridos en su incapacidad de comunicarse con nadie, se hería con piedras, víctima de su propia violencia. El relato es símbolo de la penosa situación de muchos.

Jesús era diferente de otros exorcistas de su tiempo. No usa amuletos ni otros objetos. No invoca a ninguna fuerza secreta ni pronuncia nombres mágicos o conjuros. Ni siquiera invoca a su Padre. Su fuerza está en sí mismo. Se enfrenta a los demonios con la fuerza de su palabra: "¡sal de él!"; "¡Cállate!"; "¡No vuelvas a entrar en él!". Es la confrontación violenta entre quienes se sienten poseídos por Satán y el profeta que se sabe habitado por el Espíritu de Dios. Los demonios gritan con grandes alaridos; Jesús los amenaza y les da órdenes despiadadas. Los demonios huyen derrotados.

Los enemigos de Jesús le acusan de estar poseído él mismo por Beelzebú, príncipe de los demonios. Ven en sus exorcismos una amenaza para el orden social. Pero Jesús pretende reconstruir un nuevo Israel de personas libres y autónomas. Se defiende con la pregunta: *"si Satanás expulsa a Satanás ¿cómo va a subsistir su reino? pero si Yo expulso los demonios con el dedo de Dios es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios"* y en otra ocasión dice: *"Nadie puede invadir el campo dominado por Satán si antes no lo reduce a la impotencia"*

Signos de un mundo nuevo

Con su actividad curadora Jesús ve signos de un mundo nuevo. Frente al pesimismo de los que todo lo ven infestado por el mal, Jesús anuncia algo sin precedentes: Dios está aquí. Lo anuncia su actividad liberadora y curadora. Sus curaciones son signo de la misericordia de Dios más que de su poder. Sin embargo no todos están con él. Los maestros de la Ley son escépticos y le rechazan porque Jesús está fuera del marco de la Ley. Los evangelios resumen su actuación afirmando que se dedicaba a dos tareas: anunciar la buena nueva del Reino de Dios y curar las enfermedades y dolencias del pueblo. El empeño de Jesús es despertar la fe de las gentes en la cercanía de



Dios luchando contra el sufrimiento por eso a sus discípulos les confía la misma tarea: *"Cuando entréis en una ciudad, curad a los enfermos que haya en ella y decidles: -el Reino de Dios está cerca de vosotros"*

Sin embargo Jesús solo curó a unos cuantos, los que se encontró por su camino. Sus milagros eran solo signos que señalaban la llegada del Reino de Dios, la derrota del mal, la instauración de una sociedad liberada de toda aflicción. Y es que Jesús no fue un "superman" sino un hombre carismático pero sujeto a las limitaciones de nuestra condición humana. Su sueño lo tenemos que continuar nosotros, sus seguidores, poniendo signos de la misericordia de Dios en el mundo.